

**Vilar, Gerard: *Precariedad, política y estética*, Círculo Rojo Editorial, Madrid, 2017, 280 pp.**

MIGEL SALMERÓN INFANTE

Hablar con Gerard Vilar no difiere mucho de leerlo. De su sereno verbo se colige cómo puede ser su estilo. Se intuye una amable claridad, sin que lo afable quite lo preciso e incisivo que le viene de suyo al pensamiento filosófico.

Este libro, y así lo declara su autor, es el resultado de una compilación de artículos e intervenciones públicas en conferencias y simposios. No es este un desdoro. También conviene al pensamiento filosófico rumiar las cuestiones y volver sobre ellas, pues los problemas que aborda la filosofía son tan solubles e insolubles a la vez como la propia dialéctica de lo real. Por lo demás, a pesar del origen heteróclito de sus textos, estos guardan una innegable unidad. Se configura un panorama amplio y significativo donde se trata la propia precariedad, la intempestividad adorniana, las relaciones entre desartización y politización, entre otras cuestiones. Destaca en este elenco el capítulo denominado “Coleccionismo y resistencia” donde se entiende la acción del coleccionista como contramovimiento a la lógica de la modernidad.

A modo de frontispicio de su escrito Vilar parafrasea el *Manifiesto* de Marx y Engels: “Un fantasma recorre Europa...” Sin embargo, éste no es, por desgracia, el del comunismo. El tiempo de la mayor utopía social ha pasado. El fantasma que recorre Europa, y el mundo es el de la precariedad. Y he aquí otra virtud del pensamiento de Vilar: no eludir lo actual, no cubrirse con el subterfugio de dejar pasar el tiempo para que lo debatido acabe mostrando su consistencia. Esa apuesta de riesgo ya estaba presente en *Las razones del arte* (2005), y en *Desartización. Paradojas del arte sin fin* (2010,11). En el primer caso, tomando las razones del arte como sinrazones del mundo. En el segundo caso, afrontando lo que Rosenberg denominó desdefinición del arte, el estado de redefinición permanente que le es propio (2010, 15).

Para Vilar, como principalmente también lo era para Platón, la filosofía es llevar a cabo la *diaíresis* (διαίρεσις), es establecer distinciones. Se debe afirmar que Vilar las establece con medida, con minuciosidad y con perseverancia. Y la distinción inicial es precisamente la establecida entre contingencia, vulnerabilidad y precariedad. Si la contingencia es una categoría ontológica y la vulnerabilidad es biológico-social, la precariedad es político-económica. La precariedad es la forma en la que el ultimísimo giro del modo de producción capitalista pone en el disparadero al sujeto contemporáneo. Se trata de una exposición novedosa, en otros modos de producción priman la contingencia y la vulnerabilidad, como lo constata Engels en lo tocante al esclavo y al siervo feudal. Los años 80, con el movimiento *neocon*, dan paso a la precarización. En sus manifestaciones más válidas el arte ha contestado con una precarización interna en sus formas que da respuesta a esta situación y, al mismo tiempo, ha sido víctima de una precarización externa, que dificulta su ejercicio y desarrollo. La primera es un eco de la negatividad que ha de quedar forzosamente impresa en el arte, según Adorno, toda *hedoné* (ἡδονή) es falsa, fallida y falaz en un mundo que se ha tornado falso. Así la precariedad interna como vanguardia del pensamiento y acción políticos es positiva, la precariedad externa, en lo tocante al producto artístico, es negativa. De ese modo, como divisas de nuestro tiempo, en el polo positivo Vilar sitúa la disposición abierta y la metamorfosis y en el negativo la explotación, la incertidumbre y la inseguridad ontológica.

El discurso desarrollado en este libro vertebrado a partir de la categoría de precariedad los últimos avatares de la cultura y el arte contemporáneos. Así Vilar valora, como una atinada réplica a la precarización-ambiente, la propuesta estética de Thomas Hirschhorn con sus composiciones a partir de restos y desechos industriales, escombros y materiales de conglomerado. También estimable, por razones análogas, le parece el discurso conceptual de Mary Kelly en torno a las fricciones que para la mujer entraña el conflicto creación-procreación. O en la misma línea, resultan ricas las series fotográficas de Nan Goldin que immortalizan a agentes de subculturas transgresoras. En este sentido

Goldin es digna sucesora del trabajo de Diane Arbus y de la legendaria serie *In the American West* de Richard Avedon.

Si Adorno es el padre de la filosofía de la precariedad, Rancière, también admirado por Vilar, nos aporta elementos para proponer una alternativa a ésta. Partiendo de la igualdad de los seres humanos para comprender la realidad, algo que desdice del elitismo político del marxismo clásico, Rancière establece que tiene que haber un desacuerdo real en torno al reparto de lo sensible. A nadie se le puede ocultar entonces que, en el seno de lo político, que consiste en el conflicto en torno al reparto de lo sensible, lo estético desempeña un papel fundamental. En este sentido esa precariedad a la que apunta el filósofo francés bebe de la fuente benjaminiana del binomio de experiencia y pobreza. A su vez, Vilar conecta este pensamiento con lo que él denomina política de las capacidades, la forma más incisiva y crítica de hacer arte político. Conectando de un modo muy original la reflexión de Rancière con la lista de las capacidades elaborada por Martha Creven Nussbaum y Amartya Sen, Vilar afirma que la política de las capacidades ha de dotar a los marginados un acceso más fluido e intenso a lo sensible para modificar las capacidades para la reflexión como ha ocurrido con el proyecto *favela painting*.

Resulta sin duda de una incontestable honestidad intelectual que Vilar no tenga empacho en denunciar la opresión política venga de donde venga. Así, si no rehúye hacer alusión al proyecto de Francesc Abad en torno a la recuperación de la memoria de los fusilados en el Camp de la Bota durante el franquismo, tampoco duda en abordar el tratamiento que hizo Pedro G. Romero de la descocada y desbocada quema de conventos durante la Semana Trágica de Barcelona.

En, definitiva, estamos ante un trabajo de filosofía del arte y cabe ante ello recordar que la filosofía interpreta el arte, no porque éste lo necesite, sino “para decir lo que él no puede decir, ya que el arte sólo lo puede decir si no lo dice” (Th. W. Adorno, *Teoría estética*, 2004, vol. 7. P.102). Al fin y al cabo, para el autor no hay vuelta de hoja: “La única manera de pensar lo precario en precario es

abrazando esta condición, no rehuirla ni luchar contra ella, asumiendo las inevitables tensiones e incluso contradicciones que ella pueda implicar”.

Claridad, arrojo ante lo novedoso y calma para la distinción: virtudes de Vilar como autor y de este su último libro en particular.